

Tomás Segovia

Antonio amigo

Hay amistades íntimas, pero no tendría mucho sentido decir de alguien que es mi amigo privado. Es que el terreno de lo íntimo se abre aparte de lo público, pero no a sus expensas, mientras que lo privado es lo que se amuralla y defiende de lo público y contra lo público. No hay inconveniente en que una amistad íntima sea pública, pero una amistad privada sería casi clandestina. Dirimir en privado, aunque sea entre amigos, es de una manera o de otra dirimir a escondidas, y entonces el centro está en el secreto y el apartamiento y no en la amistad. Y sin embargo hay un momento en que la intimidad desea recurrir a la privacidad: es el momento del sentimiento. Abrir nuestros sentimientos a una o muchas personas no es hacerlos públicos. Pero exhibir en público los sentimientos es hacer violencia a la intimidad. Hay muchos gestos que pueden tomarse como homenajes íntimos, desde un saludo caluroso hasta la dedicatoria de una obra, pero convertidos en actos públicos cambian de sentido. A mí me sería muy difícil hacer un homenaje público a mi hijo, a mi mujer, a mi novia, a mi madre, a mi abuela, tal vez incluso a mi padre. Sentiría que quebranto la privacidad, y que por una vez es lícito recurrir a lo privado no como una barricada de lo *propio*, sino de lo *íntimo*.

Mi amistad con Antonio Alatorre no fue nunca privada. Compartimos toda clase de cosas, desde aficiones y pasiones,

incluso manías, o amistades y admiraciones, hasta proyectos que a veces llevamos a la práctica. Aunque los temas filológicos llenaban buena parte de nuestras conversaciones, yo desde luego no estoy calificado para comentar su obra de filólogo. Mi homenaje no puede ser pues ni académico ni la exhibición pública de mis sentimientos. Mi primer gesto, en el momento de la muerte de Antonio, fue escribir un poema. Esta vez prefiero relatar algunos episodios anecdóticos, aunque solo sea por el gusto de evocar su figura, pero que pueden mostrar también el carácter impecablemente humano que admirábamos en él, y que no creo que traicionen ninguna intimidad por hacerse públicos, puesto que nunca fueron privados. Todos los que lo conocieron supieron de una manera o de otra que lo más admirable era que en la persona extraordinaria que fue no hiciera nunca la menor mella haber sido el gran maestro que fue.

El primer episodio que quiero relatar se remonta a los años 60 y antes. Fue la época en que estuve a cargo a la vez de la *Revista Mexicana de Literatura* y de la Casa del Lago. Yo había tratado a Antonio y Margit en El Colegio de México y no estaba de acuerdo con la imagen de Antonio que prevalecía entonces en los medios intelectuales mexicanos: la del ex seminarista apocado y convencional transformado en erudito emparedado, aburrido y tradicional. Él mismo me contaba años más tarde, haciendo la autocrítica de aquella época suya, que una vez en una reunión le habían ofrecido una copa y la había rechazado diciendo: “No, gracias; temo alegrarme”. Sin embargo, yo había adivinado que aquello era una capa superficial que él no lo graba romper, sin duda por timidez, pero que encubría una persona llena de vitalidad, ingenio y hasta malicia. De modo que a fines de los años 50 propuse a mis compañeros de la *Revista Mexicana de Literatura* que le invitáramos a formar parte de la redacción. No me fue fácil vencer la extrañeza, perfectamente comprensible, de mis compañeros. Antonio funcionó perfectamente en aquel grupo y pronto los demás tuvieron que revisar

la imagen que de él tenían. La revista tenía una sección titulada “La pajarera” donde ejercíamos anónimamente el humorismo sobre la actualidad literaria. Mientras yo dirigí la revista, no hubo un solo número en que Antonio no colaborara en esa sección, ensañándose especialmente con las figuras más reaccionarias del ambiente literario. Sería un bonito desafío para los eruditos del futuro el de descubrir cuáles de esas notas son de su pluma. Puedo darles desde ahora una pequeña pista revelando que todas las páginas que se burlan de Alfonso Junco (que él escribía Xunco con equis) son obra suya. Por esa misma época organicé en la Casa del Lago unos cursos libres de iniciación en diversos aspectos literarios y artísticos. Invité a Antonio a dar uno de esos cursos tremadamente heterodoxos, gratuitos y abiertos a todo el que quisiera inscribirse, sin programa previo y sin evaluaciones preestablecidas. Era una gloria ver la evidente satisfacción con que Antonio hablaba de los clásicos a un grupo de personas sin ningún título académico, sentadas en el césped en el jardín de la Casa del Lago, él bajo un árbol como Carlomagno al pie de su roble. Fue en esos días, no me cabe la menor duda, cuando empezó a salir a luz el Antonio que todos conocimos.

Desde entonces, siempre que estuvimos alejados uno de otro, intercambiábamos una copiosa correspondencia. Yo le escribía a menudo en verso, a veces en estilo paródico, a veces simplemente juguetón. Él no se animaba a competir conmigo en ese terreno y nunca me contestó en verso, pero en cambio me escribió a veces en latín, párrafos que después tenía que traducirme él mismo, pues mi latín siempre fue rudimentario. Pero los guiños y malicias de mi versificación juguetona yo sabía que solo él sabría apreciarlos en todos sus detalles. Él también lo sabía. La llegada del correo electrónico dio más o menos al traste con aquella hermosa vena epistolar, como con tantas otras.

Sobre el verso español hablamos muchísimas veces, y compartíamos muchas opiniones, aunque no todas. El tono era más

o menos como el del siguiente episodio: Antonio comentaba un endecasílabo mío que decía:

hacíamos muy mal el amor, ¿sabes?

El amor y los endecasílabos —observó él. Yo me defendí comparándome nada menos que con Garcilaso. Si mi endecasílabo era dudoso, más dudoso aún era este de Garcilaso:

Mi vida no sé en qué se ha sostenido...

No se sabe en qué acento se sostiene, pero eso es justamente lo que el verso está diciendo. ¿Por qué no juzgar así mi endecasílabo? Creo que aquella vez lo convencí.

En todo caso, me propuso en algún momento que escribiéramos juntos un tratado de métrica española. Yo haría especial hincapié en el aspecto teórico y él en el aspecto histórico. Me puse en seguida, desordenadamente por supuesto, a buscar fuentes filosóficas sobre el concepto de ritmo. Pronto concluí con desaliento que nunca alcanzaría la claridad sobre ese tema. No sé cuánto influiría por su lado aquel proyecto en la orientación de sus investigaciones, pero es claro que en ese terreno, como en tantos otros, sus estudios son imprescindibles para el conocimiento histórico de la métrica española.

En 1966 tuvimos un breve encuentro en París. A mi regreso a México, el año siguiente, él había tomado la dirección del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de Méjico. Empezó a insistir en que yo debería formar parte del Colegio. Le propuse en cambio, después de muchos meses de resistir a su oferta, que organizara dentro de su Centro un grupo interesado en compartir conmigo lecturas sobre el estructuralismo, gran novedad del momento. Apoyó en seguida la idea, y esos encuentros con estudiantes de doctorado del Colegio se realizaron durante meses sin el más leve rastro de burocracia, como

en los buenos tiempos del primer Colegio de México, el de Alfonso Reyes, que los dos añoramos siempre. Años después, ya incorporado yo al Colegio, me encargó organizar un programa de formación de traductores. Después de muchas discusiones y algunos viajes de estudio, presenté un proyecto que escandalizó a muchos de mis colegas, en el que las calificaciones académicas de los aspirantes contaban mucho menos que el talento y la pasión. No fue fácil imponérselo al “claustro”, como lo llamaban algunos colegas míos, pero la victoria fue claramente de Antonio Alatorre, no mía.

Recuerdo también aquellas reuniones musicales perfectamente ortodoxas, hace bastantes años, en su casa de Las Águilas. Margit y Antonio eran casi profesionales, hasta el punto de que grabaron un disco de música renacentista bastante bien acogido por los entendidos. Pero en su casa, los fines de semana, se reunía el grupo más heterogéneo imaginable de aficionados (algunos incluso que no sabían leer música y tenían que memorizar su parte), para interpretar música polifónica antigua bajo la dirección de Antonio y con la vaga asesoría de Joaquín Gutiérrez Heras. Tengo en la memoria por ejemplo alguna sesión en que había un trombón, una viola, una o más guitarras, algún violín, varias voces, el piano de Antonio y una flauta dulce bastante chapucera (la mía). Esa mezcla, o más bien esa unión, de lo más elevado y lo más inmediato y cotidiano fue siempre el rasgo más característico de Antonio Alatorre.

La autoridad de sus criterios era también simple y llana. Era la autoridad del sabio, nunca la del superior y ni siquiera la del maestro, más bien la autoridad del amigo atento, serio y sensato, y rico en consejos. Sobre la lengua española por ejemplo varias generaciones hemos aprendido más que de cualquier otra fuente de su libro *Los mil y un años de la lengua española*. Y ese libro es uno de los más amenos que cualquiera de nosotros haya leído nunca. Hace años, cuando un día tuve la revelación, recitando de memoria en la ducha, de la estructura métrica

del *Poema de Mio Cid*, corrí inmediatamente, por supuesto, en busca de Antonio Alatorre para comunicarle aquel descubrimiento que nadie entendería como él, y para pedir su confirmación. Cuando terminé de exponerle nerviosamente mi idea, sonrió satisfecho y me dijo, como quien da una palmada en la espalda a un muchachito estudioso: “Muy bien, hace unos meses lo publicó un erudito holandés”. Ninguna alharaca, ninguna solemnidad, pero también ningún rechazo, ninguna falta de atención. Con Antonio era difícil sentirse marginado. La naturalidad de su trato fue lo que le llevó a ser tan buen padre como buen maestro.

A veces admiramos la modestia de algunas grandes figuras. En efecto es admirable que alguien que está en algún sentido por encima de nosotros no nos imponga sin embargo barreras o distancias. Pero ninguna modestia puede ser del todo sincera, porque la modestia es de por sí una convención. Lo de Antonio era otra cosa; era esa tranquila certidumbre de que nadie está por encima de nadie en *todos* los sentidos. Se puede ser modesto sin tener esa certidumbre, y muchas grandes figuras practican la modestia sin descender por eso a nuestro nivel. Otros en cambio tienen esa certidumbre que más que modestia es sabiduría; no consiste principalmente en que *yo* sea modesto, sino en que tomo en serio al otro, tan en serio o tan poco en serio como a mí mismo. Antonio Alatorre era ejemplar en este terreno.

También esta virtud tiene que ver con lo privado y lo público. Puede decirse que Antonio Alatorre jamás se dejó atenazar por el espacio público. Todos los que hemos asistido alguna vez a sus cursos o conferencias hemos experimentado esa manera incomparable que tenía de hacernos sentir que formábamos parte de lo que allí estaba sucediendo. La sensación era siempre de que estábamos en familia, no en un acto público. Su actuación en esos momentos tenía todo el encanto de un *showman*, y a la vez era todo lo contrario de un espectáculo: era en todo caso

una fiesta, un ritual familiar; no creo que haya habido nunca nadie más alejado de la solemnidad.

Se ve que todo esto no es transformar un acto público en un acto privado, sino justamente en una experiencia íntima. Es lo que busca siempre un verdadero seductor, y Antonio Alatorre lo era magistralmente. Podría por eso concluir en un tono ligeramente aforístico: he conocido tal vez hombres más seductores, hombres más sabios; pero no espero encontrar nunca en la vida una sabiduría tan seductora.